LORD BYRON

EL INFIEL



Lord Byron



MUNICIPALIDAD DE LIMA

EL INFIEL

Lord byron

El infiel



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Lord Byron

George Gordon Byron nació en Londres, el 22 de enero de 1788. Fue un poeta del Romanticismo británico, considerado uno de los más destacados poetas en la lengua inglesa y antecedente de la figura del poeta maldito.

Lord Byron vivió una juventud amargada por su cojera y por la tutela de una madre de temperamento irritable. A los dieciocho años publicó su primer libro de poemas *Horas de ocio* (1807), y una crítica adversa aparecida en el *Edimburgh Review* provocó su violenta sátira titulada *Bardos ingleses y críticos escoceses* (1809), con la que alcanzó cierta notoriedad, y ese mismo año emprendió una serie de viajes en los que recorrió España, Portugal, Grecia y Turquía. A su regreso publicó, como memoria poética de su viaje, los dos primeros cánticos de *La peregrinación de Childe Harold* (1812). Más tarde se trasladó a Venecia y Pisa (Italia), en donde escribió *El Corsario* (1814), *Manfredo* (1817), *Beppo* (1818), *Mazeppa* (1819) y *Don Juan* (1819).

Murió el 19 de abril de 1824.

El infiel
Lord Byron

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL INFIEL

Ni un suspiro del viento
viene a rizar la ola adormecida
bajo la tumba del varón de Atenas:
tumba que, en lo alto del peñón brillando,
da al bajel la primera bienvenida
cuando vuelve a la patria,
y en la tierra está erguida
que en vano él supo libertar. ¡Ah! ¿Cuándo
volverá a ver un héroe tal el mundo?

¡Hermoso clima! A estas dichosas islas
cada estación sonríe cariñosa;
¡y vistas a lo lejos
desde la altura de Colona, alegran
el corazón, que esa visión aclama,
y aun a la soledad prestan encanto!
Allí en suaves reflejos,
la faz del océano, los matices
de los picos retrata en los cristales
de las risueñas aguas que acarician
este Edén de las ondas orientales.
Si a veces una brisa pasajera
llega a agitar el azulado espejo,
o hace caer alguna flor del árbol,

¡qué grata y lisonjera
la ráfaga que esparce los olores!
Porque la rosa allí, bella sultana
del ruiseñor, que desde lo alto envía
a su doncella, reina de las flores,
mil cantos de amorosa melodía,
se sonroja y ufana
al oír esos cánticos de amores.

Ella, la reina del pensil, su rosa,
que, lejos del invierno de occidente,
ni con la nieve su corola enfría
ni al viento dobla su gallarda frente,
devuelve al cielo en su más grato aroma
cuanto dulce le dio naturaleza,
y envía, agradecida a los favores
de ese ruiseño firmamento, olores,
suspiros perfumados
y el más bello matiz de sus colores.
Allí también hay estivales flores
y asilos que el amor codiciaba,
y, a manera de albergues de descanso,
grutas donde el pirata se estaciona.
Desde el plácido asilo del remanso

su oculta barca espía
la pacífica proa pasajera,
cuando asoma el lucero vespertino
y al son de su guitarra
canta alegre el marino.
Entonces, deslizándose a la sombra
que extiende lejos la escarpada orilla,
con silencioso remo
se lanzan los nocturnos salteadores
sobre la presa, y tornan
en gemidos las cántigas de amores.
¡Cuán extraño que allí donde amorosa
naturaleza quiso
trazar una mansión digna de dioses,
uniendo cada gracia y cada encanto
dentro de este risueño paraíso,
el hombre, ansioso de desastres, venga
a tornarse en desierto!
Él con planta brutal huella las flores
que ni un instante de labor le deben,
ni piden a sus manos el cultivo
para adornar esta encantada tierra:
¡brotan cual si quisieran eximirlo

de labor; solo ruegan
dulcemente que no las despedace!

¡Extraño, sí, que donde todo es calma,
desencadene el alma
fiera pasión que, tumultuosa y ciega,
tan hermosa comarca
a la codicia y la rapiña entrega;
como si las legiones infernales
asaltando a los ángeles, triunfaran,
y, libertados hijos del infierno,
se sentaran en tronos celestiales,
dueños del firmamento soberano!
¡Tan suave la escena
y tan maldito el destructor tirano!
Solo quien se inclinó sobre un cadáver
durante el primer día de la muerte,
primer oscuro día de la nada,
último de peligro y desventura,
(antes que borre en el despojo inerte
la destrucción, las líneas
en que está todavía la hermosura);
solo quien pudo contemplar el sello
suave y angelical, la inmensa calma

del rígido despojo, pero bello;
las tiernas aunque inmóviles facciones;
la languidez de la mejilla plácida;
tales que solo por los tristes ojos
de pupilas veladas
que no brillan, ni lloran, ni seducen,
y por el frío inalterable ceño
con que el último sueño
parece hablar al corazón doliente,
como si fuera a transmitir ahora
el destino que teme y mira absorto;
sí; tan solo por esto, algún instante,
quizás una hora entera engañadora
dudara del poder de aquel tirano.
¡Tan bella, y apacible, y adormida
parece la expresión que por primera
y última vez la muerte da a la vida!
Tal aparece esta ribera: es Grecia,
mas no Grecia viviente.
Tan fríos sus encantos,
tan sellada de muerte su hermosura,
que al mirarla sentimos
con profundo estupor que allí no hay alma.
Su hermosura es aquella

plácida inerte calma;
belleza que en el último suspiro
no se va por entero,
pero que muestra aquel siniestro tinte,
aquella pavorosa florescencia
que ha de seguirla hasta el sepulcro mismo;
de la expresión el último destello,
halo dorado que el no ser circunda,
último adiós del sentimiento ido,
chispa de aquella llama
hija quizás del cielo,
que todavía alumbra mas no inflama
su amada arcilla, ya insensible hielo.

¡Clima de los valientes no olvidados,
cuya tierra, en el valle o la montaña,
siempre ha sido en la Historia
hogar de libertad, tumba de gloria!
¡Santuario de los grandes!
¿Y puede ser que sea esto tan solo
cuanto de ti nos queda?...
Acércate ¡oh, esclava envilecida!
¿Son estas las Termópilas?... ¡Responde!
Di, vástago servil de aquellos libres,

di el nombre de este mar, de esta ribera...
¡El golfo y el peñón de Salamina!
¡Levántate y haz tuyas nuevamente
estas nobles escenas cuya historia
vive aún en la mente!
¡Toma de las cenizas de tus padres
las chispas de su fuego primitivo!
El que en la lid sucumba
dejará un nombre altivo
que añadir a esos nombres,
y haga temblar la tiranía. En tanto
recogerán sus hijos, como herencia,
la esperanza, la fama
que no deshonrarán ni por la vida!
¡Sí, siempre la batalla de los libres
que al hijo el padre desangrado lega,
por más que suela vacilar, es triunfo!
Tu página viviente, ¡oh, noble Grecia!
y épocas inmortales lo atestiguan.
Mientras ocultos en oscuro polvo
los reyes han dejado
pirámides sin nombre;
tus héroes, aunque falta de sus tumbas
la columna arrancada

en el común desastre, un monumento
poseen más grandioso todavía:
¡las sublimes montañas de su patria!
Allí muestra tu musa al extranjero
los sepulcros de aquellos
que no pueden morir.

Largo y penoso
fuera trazar la marcha, paso a paso,
del esplendor a la deshonra. Basta.
Jamás un enemigo
doblegar pudo tu alma. Es ella sola
quien cayó por sí misma. Al yugo extraño
la propia humillación abrió camino
y a tu infamante esclavitud de ahora.
¿Qué dirá quien recorra tus orillas?
No de tu edad antigua la leyenda,
ni tema alguno en que la Musa vuele
tan alta cual la tuya en esos días
en que era digno de la patria el hombre.
Los corazones que tus valles crían,
las impetuosas almas que a tus hijos
guiar pudieran a sublimes hechos,
desde la cuna al féretro se arrastran,

esclavos... no más ¡siervos de un esclavo!
Insensibles a todo; excepto al crimen,
y con todos los males mancillados
que envilecen al hombre
en donde más al bruto se aproxima,
sin la virtud siquiera del salvaje
y sin un solo pecho audaz o libre,
llevan aún a los vecinos puertos
su fraudulenta, proverbial astucia.
En esto se revela el griego astuto,
por esto, y esto solo reputado.
La libertad en vano invocaría
el alma a destruir su servidumbre,
o a erguirse el cuello que convida al yugo.
Ya no deploro su infortunio acerbo;
pero será esta historia una de luto,
y aquellos que la escuchen, creer pueden
que quien la oyó primero
justa razón de lamentarse tuvo.

La sombra de las rocas a lo largo
del mar azul oscura se dilata,
y parece a los ojos del marino,
del pescador, que en ella

se divisa el esquife del pirata.
Él, temeroso por su frágil barco,
se aparta del paraje más cercano,
pero más inseguro;
y, aunque rendida de labor su mano
y entorpecida de la carga al peso,
mueve con fuerza el remo lentamente
hasta encontrar la hospitalaria orilla
donde Puerto-Leone lo recibe
a la luz amorosa
más propia de las noche del Oriente.

¿Quién es aquel que viene como un rayo,
sobre negro corcel, suelta la brida?
Despiertan alrededor en las cavernas
los ecos de sonantes herraduras,
y uno a uno repiten el chasquido
del látigo y los saltos de caballo.
La espuma que blanquea en sus ijares
parece haber salido
de las espumas mismas de los mares.
Aunque las ondas fatigadas duermen
en profundo reposo,
no le hay dentro del pecho del jinete;

y aunque estalle mañana la tormenta,
será, ¡oh, joven infiel!, menos violenta
que tu agitado corazón. ¿Quién eres?...
¡No lo sé: solo sé que odio tu raza!
Mas puedo descubrir en tus perfiles
algo que el tiempo acrece y nunca borra:
aunque joven y pálida, esa frente
descolorida, muestra
de indomable pasión la mano ardiente;
y aunque al suelo se inclina
tu mirada siniestra
mientras pasas veloz como un meteoro,
¡bien en ti se adivina
uno de aquellos que evitar debiera
la progenie de Otmán, o darle muerte!

Y avanza más y más; en su carrera
yo con mirada absorta lo seguía;
y aunque pasó como si acaso fuera
demonio de la noche,
y desapareció como una sombra,
su aspecto y expresión en mí dejaron
una memoria que turbó mi pecho.
Largo tiempo en mi oído

de su negro corcel resonó el paso
raudo y despavorido.
Con la espuela le acosa: ya está cerca
del profundo barranco
que sobre el mar se avanza y le da sombra;
ya, dando vuelta, pasa
con rápida carrera,
y al fin tras de la roca desaparece
libre ya de mi vista...
que siempre al fugitivo fue importuna
mirada escrutadora,
y no hay estrella alguna
sin demasiada luz para quien huye
en tan extraña hora.
Siguió el tortuoso curso, y un instante
dirigió una mirada,
cual si hubiese de ser ya la postrera;
refrenó un punto el ímpetu furioso,
la sinuosa carrera,
y un momento se irguió sobre el estribo.
¿Qué buscan sus miradas
sobre el bosque de olivo?
La luna brilla en la colina, y tiemblan
todavía las luces encumbradas

de la mezquita: a la distancia vence
brillar alegremente las descargas
del fusil, cuyos ecos no se escuchan,
pero que muestran del creyente el celo.
Ya el sol de Ramazan bajó del cielo,
y ya la fiesta de Bairam empieza
junto con esta noche. Mas ¿quién eres
tú, de extranjero traje y ceño airado?...
Ni ¿qué son para ti tales placeres,
que por ellos te pares o te fugues?...

Irguió; algún temor se revelaba
en su rostro; mas luego
se grabó el odio en su lugar: no el odio
de cólera violenta,
que con súbito fuego el rostro inflama;
sino el de helada palidez, cual muestra
el mármol de la tumba
cuya blancura la hace más siniestra.
Torvo el ceño, iracunda la mirada,
y alzado el brazo amenazante, agita
la diestra mano de furor crispada,
como dudando si tornar debiera,
o seguir la carrera.

El bridón, impaciente
de no poder seguir, lanza un relincho;
y, como quien despierta de su sueño
al chillido de un búho, de repente,
volvió en sí el fugitivo,
dejó caer la mano levantada
y asió con ella el puño de la espada.
Hiere otra vez la espuela
de su corcel el flanco,
y avanza, corre, vuela
para salvar la vida. El noble bruto
veloz, cual disparada javelina,
parte al sentir el acicate agudo.
Ya traspone la roca, en la ribera
cesó ya del galope el eco rudo:
ya ganó el alto risco,
y al fin desaparecen
su cristiana cimera y faz altiva.
Fue por solo un instante que detuvo
al fiero potro con seguro freno;
un instante en que erguido se mantuvo,
y al punto huyó, cual si, de espanto lleno,
viese a la misma muerte perseguirlo.
¡Ah!, pero en ese instante
parecieron rodar sobre su mente
desolados inviernos de memorias,

y condensarse en esa sola gota
de tiempo, edades de dolor y crimen.
Porque sobre quien ama o aborrece,
sobre aquellos que temen o que gimen,
parecen derramarse en tal tormento
años de sufrimiento.
¿Qué sentía en su pecho desolado
por cuanto más lo oprime y lo tortura?
Ese instante de pausa en su camino
que, como el fiel de la balanza oscila,
oscilaba pesando su destino.
¿Quién medirlo pudiera
en su terrible duración?... ¡Momentos,
casi nada del tiempo en los anales,
y para el pensamiento
toda una eternidad! Como el espacio
sin límites, al alma se aparece
el mal que ha de servir en la conciencia:
un segundo infinito, desventura
que no tiene esperanza ni termina.

Pasó la hora y el infiel es ido:
mas ¿ha fugado o ha caído solo?
¡Ay de la hora en que llegó o se aleja!

Sobre el crimen de Hassán ha descendido
la maldición siniestra
que tornará en sepulcro su palacio.
Vino y pasó, cual tromba del desierto
mensajera de muerte y exterminio,
ráfaga abrasadora del espacio
que hasta el ciprés agosta; el árbol triste,
de las tumbas sombrío centinela
que, cuando ya ha pasado el duelo humano,
él todavía vela.

En el hogar de Hassán no queda un siervo;
ya no está su corcel en el establo,
la araña solitaria
su parda tela más y más extiende
lentamente en el muro;
el murciélago habita
en el retrete del harem; el búho
invade las almenas de la torre
de su gran fortaleza; y en la orilla
del surtidor, sediento el perro aúlla
¡que en su lecho de mármol no hay corriente,
y está de polvo y de maleza henchida!

Grato era ver los juegos de la fuente
subir en caprichoso remolino
dando frescura al abrasado ambiente
y caer de la altura,
cual rocío argentino
para vestir la tierra de verdura;
grato era ver en la serena noche,
cuando sin nubes las estrellas brillan,
rielar en las aguas sus destellos,
y oír de aquel rumor la melodía.
¡Cuántas veces al pie de esa cascada
jugaba Hassán en su niñez primera!
¡Cuántas ese rumor le arrulló el sueño
entre los brazos de su madre amada!
¡Y cuántas, ay, su juventud ardiente
sobre este suelo mismo
de la beldad al canto se embebía,
y más dulce su música, mezclada
con el grato rumor, le parecía!
Mas la vejez de Hassán ya nunca, nunca
a la luz del crepúsculo expirante
hallará aquí reposo: la corriente
que llenaba la fuente
acabó de correr, y está vertida

la sangre calurosa
que al corazón de Hassán prestaba vida,
y nunca más el son de voz humana
se oirá vibrar aquí, triste o alegre.
La última nota lúgubre que el viento
arrebató al pasar, fue el alarido
de una mujer, fue su último lamento.
Ese se perdió en el silencio; ahora
nada se mueve, excepto en la ventana
la celosía que al soplar el cierzo
golpea el alféizar; mano ninguna
la cerrará cuando el turbión desate
las ráfagas y el agua de la lluvia.
Así como en la arena del desierto
sería gozo descubrir las rudas
huellas del paso que marcará un hombre,
también aquí cualquier voz humana,
aunque fuese de duelo,
despertando los ecos brindaría
siquiera algún consuelo;
diría, al menos: «No han pasado todos:
hay huellas de la vida
en uno, en uno solo».

Todavía
se ven doradas cámaras doquiera,
que a sociedad y no a silencio invitan;
y bajo de esta cúpula la mano
del tiempo lentamente
prosigue su faena destructora.
Pero ¡cuánta tristeza
en la noble fachada!
Ya ni el Fakir ni el Dervis peregrino
se detienen aquí: no les espera
la mano hospitalaria y generosa,
ni bendice el viajero
la sal y el pan. Ahora, indiferentes,
sin dar ni recibir una mirada,
pueden pasar el rico y el mendigo;
que la fineza y la piedad murieron
cuando Hassán cayó muerto en la montaña.
Su techo, un tiempo hospitalario abrigo,
es de desolación guarida hambrienta,
y huye del pórtico el huésped
y del trabajo el servidor se ahuyenta,
desde que el sable del infiel triunfante
dividió su turbante.

Oigo pasos que vienen,
pero ninguna voz llega a mi oído.
Se acercan: ya diviso
cada erguido turbante
y el yatagán en su plateada funda.
Un emir con su verde vestidura
es el que va delante.
«¡Hola! ¿Quién eres?».
«Paz sea contigo.
Ya lo ves: un creyente de Mahoma».
«Esa carga que llevas
con tan gentil cuidado,
harto valiosa debe ser. Acaso
la podría llevar mi barca».
«Sea,
larga tu bote y que nos lleve fuera
de esta muda ribera.
No despegues la vela. Toma un remo
de los que hay esparcidos,
y llévanos al medio de esas rocas
adonde en sus canales
duermen aguas profundas y sombrías.
Descansa. Bien has trabajado. Bueno.
Derecho y velozmente nos trajiste;

mas juro que este viaje
será el más largo para…».

De repente
cayó al agua y empezó a hundirse poco a poco,
formando anillos que a la playa fueron.
Yo le seguía con la vista: un punto
creí que una corriente
lo hacía estremecer, pero sin duda
fue algún rayo de luz que estremecido
se deslizó en las aguas. Seguí viendo
hasta que se borró, cual pedrezuela
que va disminuyendo y desaparece;
cada vez más y más imperceptible
un punto blanco apenas
que burlaba los ojos,
pequeña joya de aguas o de arenas.
Allí duermen ocultos sus secretos
de los genios del mar solo sabidos,
que allá en sus cuevas de coral temblando
ni aun osan susurrarle a las olas.

Cual mariposa azul de Cachemira,
reina de primavera en el Oriente,

que en la extensa llanura de esmeralda
bate el ala purpúrea, y caprichosa
a su infantil perseguidor incita
para hacerse seguir de rosa en rosa,
y al fin de aquella caza vuela en alto,
y lo deja lloroso y abatido;
tal la belleza atrae al niño adulto
con no menos brillante colorido
ni alas menos errantes y ligeras:
caza de vanos sueños y temores,
que empieza en risa y se termina en llanto.
Si triunfa, igual desventurada estrella
rige a la mariposa y a la bella:
vida de angustia, padecer sin calma,
da la mano del niño
y da del hombre caprichosa el alma.
Pierde su dulce encanto
solo con ser habido, el adorable
frágil juguete que anhelaba tanto;
y cada vez la mano al retenerla,
con el contacto despojó sus alas
de los tintes más bellos,
¡hasta que, sin matices ni hermosura,
la deja, ya que vuelve o cae sola!

Herida el ala, destrozado el pecho,
¿dónde hallará reposo
ninguna de esas víctima? ¿Acaso
podrá volar aquella, sin sus alas,
desde la rosa al tulipán, como antes?
¿O podrá, profanada la belleza,
hallar gozo en las ruinas del santuario
que guardó su pureza?
No. Los insectos que dichosos vuelan
jamás el ala inclinan ni la posan
junto a aquellos que expiran;
y más hermosos seres,
que con piedad los infortunios miran
y dan su llanto a las caídas todas,
la niegan, ¡ay!, a la infeliz hermana,
que en su extravío apura
el cáliz de la afrenta y la amargura.

La mente que medita en las angustias
de un crimen, se parece
al escorpión a quien circunda el fuego,
cuyo anillo, inflamandose, decrece.
Cautivo entre las llamas
y por dolores mil atormentado,

lo enloquece la ira
y un solo alivio a su tormento mira,
el ponzoñoso dardo que guardaba
para sus enemigos, y que nunca
dio en vano su veneno. Él da un instante
de dolor, y liberta
para siempre de todos los dolores.
Y al fin, desesperado,
lo clava en su cabeza.
Así mueren aquellos de alma oscura,
o viven a manera de escorpiones
circundados de fuego:
tal se agita y tortura
de su remordimiento presa el alma
a quien rechaza el mundo;
y a quien del cielo aleja su destino:
¡Tinieblas en la altura,
la desesperación debajo de ellas,
fuego alrededor, y por adentro muerte!

De su harem huye el negro Hassán: su vista
ninguna forma femenil advierte,
y pasa hora tras hora en una caza
que más que distraerlo le contrista.

¡Ah!, que no de esta suerte
tenía que ausentarse
cuando moraba Leila en su serrallo.
¿No habita ya ella allí? Solo podría
Hassán dar la respuesta;
pero extraños rumores
cuentan en la ciudad: Que allá en la tarde
en que de Ramadán el sol postrero
se ocultó en el ocaso,
y millares de lámparas fulgentes
desde lo alto de cada minarete
vinieron a anunciar al vasto Oriente
la fiesta de Bairam, fugó la bella.
Se alejó entonces como yendo al baño,
y Hassán la buscó en vano, ciego de ira;
que ella burló su cólera, vistiendo,
como disfraz, el traje
de algún georgiano paje;
y del poder del musulmán ya lejos,
traicionó a Hassán con el infiel cristiano.
Algo aquel presumía;
mas ella parecía
siempre tan afectuosa, tan sincera,
que él confió ciegamente en el esclavo

(cuya traición la muerte merecía)
y se fue a la mezquita aquella tarde
y en seguida al banquete de su kiosco.
Esto refieren sus esclavos nubios;
mas otros dicen que en aquella noche
a la trémula luz de tibia luna,
viose al infiel en su caballo negro,
sangriento el acicate, correr solo
sin conducir ni paje ni doncella.

Vano el decir sería
todo el encanto de sus negros ojos;
mas si queréis imaginarlo, acaso
lo podréis contemplando a la gacela:
tan grandes y tan dulcemente oscuros;
y resplandece el alma en los destellos
que salen de la sombra de sus párpados
cual del rubí imperial los resplandores.
Sí: del *alma*; y en vano me diría
nuestro Profeta que la forma es nada
sino un poco de arcilla respirando.
Yo se lo negaría,
aunque me viera en el angosto puente
de Al-Sirat, que temblando

se alza sobre el océano de fuego,
y tuviera a mi vista el Paraíso
y me llamaran sus huríes todas.
¡Oh! ¿Quién podría de la joven Leila
leer en la mirada,
y no borrar la parte de su credo
que llama a la mujer polvo sin alma,
juguete para el goce de un tirano?
Puede el Mufti mirarla, y decir de ella
que se ve al Inmortal tras de sus ojos.
De sus mejillas el frescor lozano
tiene los tintes suavemente rojos
de la flor del granado,
y sin cesar renuevan sus sonrojos.
Como cascadas de jacintos, caen
en ondas sus magníficos cabellos,
cuando entre sus doncellas
alzase erguida sobre todas ellas,
hasta barrer el mármol en que lucen
sus pies, más blancos que la pura nieve
de las cimas, caída de la nube,
antes que mancha alguna la empañara
cuando tocó la tierra.
Y con la majestad del cisne nuevo

que se mueve en el agua, así en el suelo
mueve el paso la hija de Circasia,
el ave más divina de su patria.
Cuando la planta de un extraño huella
la margen que las aguas aprisiona,
yergue su cuello el cisne, y fiero hiende
la onda con sus olas encrespadas;
tal de la hermosa Leila se levanta
más ebúrnea y esbelta la garganta.
Armada así con su beldad, solía
contener las miradas indiscretas,
y hacer que hasta la audacia, enmudecida,
retrocediera ante el encanto mismo
que quería ensalzar.
Gracioso, esbelto
era su talle, y lleno de ternura
su corazón para su fiel amante.
¡Su amante!, y ¿quién, altivo Hassán, quién era?
¡Ah! ¡No fue para ti tan dulce nombre!

El fiero Hassán emprende una jornada
en que veinte vasallos son su escolta.
Cada cual lleva en varonil arreo
el arcabuz y el yatagán agudo;

y a su cabeza el jefe, en son de guerra,
lleva en el cinturón la cimitarra
teñida con la sangre de rebeldes
que en el desfiladero se apostaron.
¡Pocos volvieron a contar la historia
de lo que en Parne sucedió en el valle!
En su arzón están puestas las pistolas
que un día fueron de un bajá, y que ahora,
aunque esmaltadas de oro y pedrería,
a los bandidos mismos amedrentan.
Dicen que va a traer una doncella
más fiel que aquella que dejó su lado:
¡Esa pérfida esclava,
más que pérfida aun que el juramento
violar pudo, y violar por un cristiano!

Brilla el sol acaso, y la colina
y el arroyo que baja de la fuente
con sus postreros rayos ilumina:
fresca y limpia corriente
cuya presencia el montañés bendice.
Aquí bien puede el mercader de Grecia
encontrar el reposo
que buscaría en vano en las ciudades,

harto cercanas de su extraño dueño,
y nadie lo vería
si oculta aquí por miedo su tesoro.
Esclavo entre la turba
y libre en el desierto,
puede llenar de vino aquí la copa
que al musulmán la religión prohíbe.

Ya del desfiladero en la salida
se encuentra el primer tártaro, conspicuo
por su amarillo gorro,
mientras los otros en sinuosa línea
desfilan a lo largo del sendero
marchando lentamente.
Arriba encumbra la montaña rocas
donde buitres sedientos
el corvo pico aguzan. Esta noche
acaso tengan un festín que pueda
tentarlos a bajar antes del alba.
Abajo, el cauce triste y desolado
de un arroyo de invierno,
que al fuego del estío se ha secado
sin dejar nada más que unas malezas
que, nacidas apenas, se marchitan.

A cada rato del central sendero
yacen rotos fragmentos de granito
arrancados acaso por el tiempo
o por los rayos, a la agreste altura
envuelta por la bruma de este cielo;
porque ¿quién vio jamás sin ese velo
el pico de Liacura?

Llegan por fin al bosque de los pinos:
«¡Loor a Dios! Ya no hay peligro alguno,
porque se ve allá abajo la llanura
e irán a toda brida los caballos».
Esto dijo el de Scío, y al instante
silbó una bala que rozó el turbante,
y el tártaro primerizo cayó en tierra.
Apenas pueden sujetar la brida,
y saltar de sus potros los jinetes;
mas tres ya nunca contarán. En vano
claman los moribundos por venganza
contra aquellos ocultos enemigos
que dan la herida sin mostrar la mano.
Desnudo ya el acero,
y apoyada al arzón la carabina,
parapetado detrás de la montura

uno que otro se inclina.
Otros huyen y buscan un asilo
tras la roca vecina
y esperan allá el fuego; que no quieren
quedar inermes a verter su sangre
al golpe de invisibles enemigos
que a dejar no se atreven
el escarpado albergue en que se ocultan.
Solo el altivo Hassán baja desdeñoso
del caballo, y prosigue su camino:
¡Hasta que el fuego que a su frente estalla,
claramente le enseña
cuán bien de los ladrones la canalla
aseguró la única salida
que a su presa infeliz salvar pudiera!
Entonces de ira se erizó su barba,
y ardió en su ojos más terrible brillo:
«Aunque silban las balas cerca y lejos,
de más sangrientas horas me he salvado».
Ya ahora el enemigo
sale de su emboscada y les intima
la rendición; pero de Hassán el ceño
y su palabra airada son temidas
más que enemigo sable;

¡y no hay un hombre en su pequeña banda
que yatagán ni carabina entregue
ni *amaun* clamando, por su vida ruegue!
Cada vez más cercanos
los enemigos, no ya ocultos, vence
salir de entre el boscaje,
y algunos, en caballos de batalla,
caracoleando avanzan.
¿Quién es aquel de enrojecida diestra
cuya extranjera espada refulgente
feroz los guía en la mortal palestra?
«¡Es él! ¡Es él! Bien lo conozco ahora
por su pálida frente,
por sus pupilas de fatal agüero,
siempre a la envidia y la traición aliadas,
y por su barba, como el cuervo oscura.
¡Aunque reviste del arnauta el traje,
el renegado de su vil creencia
no escapará por eso de la muerte!
Es él. ¡Dichoso encuentro, en cualquier hora,
el de este infiel a quien amaba Leila,
el de este infiel maldito!».
Cual corre turbio río al océano
en caprichosa, torrencial corriente;

como impele contraria la marea
altivas moles de azulado brillo
la invasora corriente rechazando
y aguas revuelve y encrespada espuma,
mientras al viento del invierno rugen
rápidos remolinos
y enfurecidas olas;
entre lluvias de líquidos diamantes
con el fragor del trueno
las aguas, como rayos,
vestidas de terrífica blancura,
azota las orillas,
que lucen y al estruendo se estremecen;
así, río y marea que se juntan
en ondas que al tocarse se enfurecen,
las bandas enemigas,
que el mutuo agravio, el odio, y el destino
ciegamente conducen, ya se encuentran.
Relampaguean al herir los sables
y de sus golpes vibran los sonidos;
y de cerca y de lejos
atruenan los oídos
los disparos de muerte que en el aire
silbando pasan; y por todo el valle,

que más al canto pastoril provoca,
repercute el rumor del choque fiero,
los gritos y clamores de la guerra.
¡Pocos son ellos; pero es lucha a muerte
en que no se habla de cuartel ni vida!
¡Ah! Con estrechos lazos
pueden los juveniles corazones
cambiar caricias uno de otro en brazos;
mas no puede el amor, ni aun por el premio
de cuanto ansía la belleza darle,
palpitar con tan íntima violencia
cual la que el odio inspira
en un postrer abrazo a los rivales,
cuando en la lid sus brazos se entrelazan
sin que puedan jamás tornar a abrirse!
Para decirse adiós, júntense siempre
los amigos, y parten
de la crédula fe, el amor se ríe:
mas los que son rivales verdaderos,
si se hallan, se han juntado hasta la muerte.

Hasta la empuñadora
ha abollado el acero
del sable, que destila gota a gota

la sangre que vertiera; aun ha sido
por la trémula mano, que, convulsa,
sobre la inútil arma se estremece;
lejos de él el turbante,
el ancho pliegue por mitad hendido;
rasgada la flotante vestidura
al filo de la espada,
y en roja sangre oscura
por donde quiera manchada,
como esas nubes que en la aurora anuncian
con sus matices rojo y ceniciento,
que ha de acabar en tempestad el día;
teñida con su sangre la maleza
donde ha caído de su chal bordado
cualquier jirón; atravesado el pecho
de innúmeras heridas,
y al cielo vuelto el rostro,
yace el vencido Hassán; pero sus ojos
no cerrados aún, al enemigo
amenazar parecen todavía,
¡cual si la hora que selló su suerte
dejar quisiera su odio inextinguible
sobrevivir hasta a la misma muerte!
Sobre él se inclina el vencedor, con ceño

tan siniestro y terrible
como el de aquel que yace en sangre y polvo.

«Leila duerme debajo de las olas,
sí; pero él tiene más sangrienta tumba.
Bien supo el alma de ella
dirigir el acero
que abriese el corazón de este malvado.
Él invocó al Profeta,
mas su poder fue inútil contra el golpe
del vengador cristiano: a Alá imploraba,
mas pasó su plegaria
sin ser tomada en cuenta, ni aun oída.
¿Pensaste ¡imbécil! que podría acaso
ser perdida la súplica de Leila
allá en el cielo, y prosperar la tuya?
Vigile la ocasión, me alié con estos
para caer sobre el traidor; y ahora
que ya está satisfecha mi venganza
y está la acción cumplida,
ahora parto... pero parto solo».

Suenan las campanillas
de los camellos rumiadores. Ella,

la madre, desde la alta celosía
vio brillar el rocío de la tarde
como regado sobre el verde pasto.
«Es tarde ya; su tren debe estar cerca».
No encontraba reposo
en la glorieta del jardín, y sube
para ver desde su torre más erguida.
«¿Por qué, por qué no viene?
Raudos son sus corceles, y resisten
al calor del estío.
¿Por qué no envía el novio
la ofrenda prometida?
¿Acaso está su corazón más frío;
o es lento ya su berberisco potro?
¡Oh, injusta queja! Un tártaro allá veo
que ha ganado la próxima montaña
y baja fatigado la pendiente.
Ya llega al valle. En el arzón colgada
trae la esperada ofrenda. ¿Y pensar pude
que no era asaz ligero su caballo?
Con larga mano premiará al jinete
su rapidez y su penosa marcha».
Bajó en la puerta el tártaro, y apenas
pudo erguir su exterior desfalleciente;

se ve en su faz morena el desconsuelo,
pero acaso es la huella del cansancio,
y las manchas de sangre de su traje
son quizá de los flancos de su potro.
Saca la ofrenda que en su pecho guarda...
¡Oh, ángel de la muerte,
de Hassán es la cimera destrozada,
y es el turbante hendido,
y es el caftán con sangre enrojecido!
«Señora, tu hijo en pavorosa nupcia
queda allá desposado.
No me dejaron por piedad la vida,
sino para traer esta reliquia
desgarrada y sangrienta.
¡Paz al valiente que perdió su sangre!
¡Y ay del cristiano! Es suyo solo el crimen».

Un turbante tallado en tosca piedra,
y una pilastra oculta en las malezas,
en la cual puede apenas descifrarse
el verso del Corán que llora al muerto,
marcan el punto donde Hassán cayera
víctima en ese valle solitario.

Jamás dobló en La Meca la rodilla,
mejor hijo de Omar que el que allí yace,
por más que desdeñara
el prohibido vino, o que rezara
sus preces vuelto el rostro hacia el santuario;
preces que nuevamente se recitan
al solemne sonido en que convoca
el muesli desde el alto minarete.
Y, sin embargo, sucumbió al empuje
de una mano extranjera,
y como extraño a su nativo suelo.
Sucumbió combatiendo, y hasta ahora
no se vengó su sangre todavía.
Allá en el paraíso
las vírgenes lo invitan impacientes;
y las huríes con sus negros ojos,
cielos de amor, con afectuoso brillo
por siempre lo verán. Ya se aproximan,
y, sus verdes pañuelos agitando,
le dan la bienvenida
con el beso que premia a los valientes;
¡que quien sucumbe en lid contra el cristiano,
de inmortal galardón es el más digno!

Mas tú, traidor infiel, en la tortura
sentirás la guadaña vengadora
de Moukir; ni hallarás a tu tormento
otra salida que vagar en torno
del trono de Eblis, rey de las tinieblas.
¡Solo fuego voraz, inextinguible,
alrededor y adentro
abrazará tu corazón maldito!
¡Y no hay oído que oiga, o voz que alcance
a decir las torturas de ese infierno!
Arrancado tu cuerpo del sepulcro,
primero te enviarán como vampiro
para rondar en torno a tus hogares
cual fantasma cruel, y de tu raza
chupar toda la sangre.
A media noche secarás la fuente
vital de tu hija, tu mujer, tu hermana,
aunque abomines el fatal banquete
en que por fuerza buscará sustento
tu lívido cadáver animado.
Tus víctimas sabrán, antes que expiren,
que este demonio fue su mismo padre,
y te maldecirán como tú a ellas,
¡flores muertas de un tallo maldecido!

Uno tan solo de esos que tu crimen
hará morir, tu hijo más pequeño,
como por bendición te dirá: «Padre»,
y esta palabra inundará de fuego
todo tu corazón. Mas, no hay remedio,
tienes que ir hasta el fin de tu faena;
ver el color postrero en su mejilla,
el último destello de sus ojos,
y espiar en la pupila moribunda
la mirada sin brillo,
que en el lívido tinte se congela.
Y arrancar luego con impía mano
de sus blondos cabellos las guedejas,
cuyos rizos en vida se atesoran,
prenda de la más íntima ternura;
pero que ahora llevarás contigo,
memoria de tormenta y agonía.
De tu diente voraz y feroz labio
destilará tu más preciada sangre;
¡y al descender de nuevo a tu sepulcro
maldito, los espectros más horribles
tendrán horror de ti, y huirán de verte
a ti, que aún eres más maldito que ellos!

«¿Podéis decirme el nombre de ese monje?
Alguna vez he visto sus facciones
en mi tierra natal, a largo tiempo;
cuando al escape, en la desierta playa
corría sobre un potro tan ligero
cual le tuvo jamás jinete alguno.
Solo una vez le vi; pero su rostro
mostraba tan profundo sufrimiento,
que no pude olvidarlo. Ahora mismo
no se ha borrado esa expresión, sombría
como la muerte, que su ceño marca.
Hace seis años que por vez primera,
en medio del estío,
vino a morar aquí entre los hermanos;
y le place albergarse en este sitio,
quizás por algún hecho misterioso
de que no habla jamás. Nunca le vemos
postrarse a la plegaria de la tarde,
o arrodillarse a confesar sus culpas,
ni contemplar si al firmamento suben
el incienso o el himno;
sino que dentro de su celda a solas
silencioso medita.
Nada se sabe de su fe o su raza.

Vino desde la tierra del pagano
cruzando el mar, y aquí desde la costa;
mas no parece de otomano origen
y es cristiano tan solo en el aspecto.
Más bien semeja un renegado errante
que estuviera del cambio arrepentido,
salvo que evita entrar en el santuario,
y no prueba el sagrado pan y vino.
Grandes larguezas a estos muros trajo,
con que ganó de nuestro abad la gracia;
pero, a ser yo el prior, ni por un día
sufriera de ese extraño la presencia,
o le condenaría a que por siempre
morase en nuestra celda de castigo.
¡Mucho, a veces, murmura en sus visiones
de una doncella bajo el mar sepulta,
de sables que se chocan, de enemigos
que huyen, de musulmanes moribundos,
y de agravios que claman por venganza;
¡y aún se le ha visto en pie sobre el barranco
hablar como en delirio a alguna mano
recién cortada del armado brazo,
visible para él solo,
que a su sepulcro a caminar lo impele
y lo excita a arrojarse entre las olas!».

Sombrío y casi sobrehumano ceño
bajo el capuz oscuro se cobija;
y el fulgor de esos ojos dilatados
revela demasiado de otros tiempos.
Aunque variable, sin color distinto,
muchas veces aquel que lo contempla
siente de su mirada el peso extraño;
porque hay en ella la secreta magia
que habla, y que con palabras no se explica;
un espíritu indómito, elevado,
que aspira a subyugar y que subyuga.
Y, como el ave cuyas alas tiemblan
no puede huir del áspid que lo mira,
otros bajo el poder de su mirada,
que apenas pueden resistir, se abaten.
Temeroso quisiera huir el monje
si se encuentra con él, acaso, a solas;
como si esa mirada, esa sonrisa
tan llena de amargura, contuviera
el contagio del miedo y del delito.
No sonríe a menudo: y al hacerlo,
¡triste cosa! Parece
que escarnecieron la miseria humana.

¡Cómo el pálido labio se estremece,
y se contrae, y luego queda inmóvil,
como si fuese para siempre! Acaso
su desdeñoso orgullo, o sus pesares
le han prohibido que jamás sonría;
y así ha de ser: tan lúgubre sonrisa,
jamás pudo nacer del regocijo.
Pero es aún más triste en ese rostro
escudriñar la huella
de lo que fueron emociones antes;
que aún no ha fijado el tiempo las facciones,
si no ha mezclado el mal con rasgos puros;
y hay allí tintes que no se han borrado,
y una mente hacen ver no envilecida
por el crimen que un tiempo meditara.
La muchedumbre solo ve las sombras
de los delitos y su justa pena;
mas el atento observador descubre
una alma noble y una estirpe excelsa.
Aunque ambas, ¡ay!, inútilmente dadas,
y acaso transformadas por la angustia
o por el crimen mancilladas, siempre
sobre el vulgo se eleva el que ha podido
ser recipiente de tan altos dones;

y en él se fija sin querer la vista
con íntimo estupor, casi con miedo.
Así, rústico albergue sin techumbre,
lleno de grietas y cayendo en ruina,
no detiene los pasos del viajero;
pero la altiva torre que la guerra
o el rayo han destrozado, mientras tiene
siquiera alguna almena levantada,
atrae y fija su mirada al punto;
cada arco festonado por la hiedra,
cada columna solitaria, evocan
altos recuerdos de pasadas glorias,
y altivamente un homenaje piden.
«Plegando la flotante vestidura,
pasa entre las columnas de la nave
con lenta marcha, y tristemente mira,
él, que es mirado con temor, los ritos
que santifican el solemne templo;
pero cuando la antífona resuena,
y se estremece el coro con el canto,
y se postran los monjes, se retira.
Vérsele allá en el solitario pórtico
a la luz indecisa de una antorcha,
y allí se tiene hasta que todo pasa.

Escucha la oración, mas él no ora.
Ved: cabe el muro iluminado a medias,
echa atrás el capuz, y caen los rizos
de su negra, ondulada cabellera
coronando en desorden esa frente;
como si la serpiente más oscura
de la terrible frente de Gorgona,
en torno de la suya se enroscaba.
Él rechaza los votos del convento,
y el profano cabello crecer deja,
mas sigue en lo demás nuestras usanzas.
No su piedad sino su orgullo le hacen
enriquecer esta mansión, que nunca
le oyó ni voto, ni piadosa frase.
¿No veis? Cuando la mística armonía
con su más alta voz saluda al cielo,
nota su rostro lívido, y ese aire
de desesperación y desconfianza.
¡Apártele del templo San Francisco!
¡No sea que la cólera divina
caiga en nosotros con terrible muestra!
Si alguna vez un ángel malo pudo
vestir forma mortal, fue una como esta;
y así Dios me perdone

como es verdad que semejante aspecto
nunca del cielo o de la tierra ha sido».

Siempre al amor propensos
fueron los corazones más benignos,
mas él no los posee por entero:
tímidos, los arredran las desgracias;
y demasiado mansos, no se atreven
a erguir la frente y desafiar altivos
la desesperación. Tan solo es dado
a fuertes corazones el que sientan
heridas que jamás el tiempo cura.
El áspero metal, para que brille
su superficie, ha de sufrir el fuego
al salir de la mina;
y en el calor de la candente fragua
se dobla y funde; pero es siempre el mismo.
Templado luego a voluntad, te sirve
para que te defiendas o que mates:
ya coraza en las horas de peligro,
ya espada con que herir al adversario.
Pero si forma de puñal reviste
¡ay de los que en mala hora le afilaren!
Así, el ardor de la pasión, y el arte

de la mujer, el corazón más fuerte
llegan a modelar: de entrambos toma
temple y forma a la vez y para siempre
queda tal como aquellos lo formaron.
No se vuelve a doblar: se rompería.

Poco alivio al pesar es que suceda
la soledad al padecer: el pecho
vacío, es un desierto
que antes, al menos, el dolor llenaba,
y ahora nos abruma con un peso
que nadie viene a compartir. La dicha,
la dicha misma en maldición se torna
si no hay quién la divida; y cuando el alma
se encuentra así desconsolada y sola,
corre a buscar como solaz el odio.
Es como si el cadáver en su sueño
sentir pudiera el frígido gusano
que en torno de él se arrastra y busca hambriento
el festín que el sepulcro le dispone,
sin poderlo ahuyentar, de horror transido.
O como si el pelícano que rasga
con el pico su pecho, y con su sangre
los hambrientos polluelos alimenta

sin deplorar la vida que les cede,
al desgarrar su corazón hallará
que está desierto de su prole el nido.
¡Los más crueles dolores que atormentan
el alma del malvado,
deleite son ante el vacío lúgubre,
el árido desierto de la mente,
y la inquietud del sentimiento ocioso!
¿Quién podría mirar un firmamento
sin sol ni nube, y aceptar la suerte
de verlo siempre así? Mejor mil veces
arrostrar el fragor de la tormenta,
que salir para siempre de sus olas
a perecer en la desierta playa
en medio del silencio y muerta calma,
fragmento que se pudre solitario,
sin que nadie lo vea.
¡Mejor hundirse en la encrespada ola
que estar muriendo a pausas en la peña!

«¡Padre!, tus días han corrido en calma
entre innúmeras preces
marcadas por las cuentas del rosario.
Desde tu juventud fue tu destino

pedir que dejen de pecar los otros,
mientras que tú, sin culpa ni cuidado,
solo has sufrido pasajeros males
que impone a todos el común destino.
Tendrás la bendición de quedar libre
de la furia de indómitas pasiones,
como las que revelan a tu oído
aquellos penitentes
que sus ocultas penas y pecados
confían a tu pecho
lleno de compasión y de pureza.
Mis días, aunque pocos, han pasado
en intensa alegría y mayor duelo;
pero en horas de amor y de combate
me libraba del tedio de la vida
ya aliado a mis amigos,
ya por mis enemigos circundado,
nunca busqué el hastío del reposo.
Ahora que no tengo
nada que amar ni aborrecer; ahora
que no siento ni orgullo ni esperanza,
quisiera ser el miserable insecto
que en la pared de la prisión se arrastra,
más bien que ver pasar mis lentos días

a un meditar estéril condenado.
Pero en mi corazón hay un deseo
de reposo: reposo que yo ignore.
Pronto el destino cumplirá este anhelo,
y ya podré dormir sin que turben
sueños de lo que fui, y aún sería.
Por más que mis acciones aparezcan
oscuras a tus ojos, mi memoria
no es hoy más que una tumba de alegrías
a largo tiempo muertas,
y mi esperanza es que perezcan todas.
Más valdría con ellas haber muerto
que vivir arrastrando esta agonía.
Jamás el alma mía
retrocedió ante la afanosa mano
de un dolor incesante ni he querido
buscar la tumba que así propios se abren
el necio antiguo y el bribón moderno;
pero jamás temí encontrar la muerte;
y si acaso en el campo los peligros
me hubiesen impulsado a recibirla,
esclavo de la gloria,
no del amor, con gusto habría muerto.
Yo la arrastré, no por un vano alarde

de honor, a cuyos lauros me sonrío;
quedé para los otros buscar senda
que los conduzca allí, por sed de fama
o mercenaria prez. A mí, dejadme
contemplar otra vez el solo objeto
que me parece digno de mi anhelo:
la doncella a quien amo, el hombre que odio.
¡Entonces, ¡oh!, perseguiré al destino
para salvar, o destruir, no importa,
por entre el hierro matador y el fuego!
Ni dudes que lo haría
una vez más, este que ya lo ha hecho.
La muerte es lo que el bravo desafía,
lo que el débil soporta, lo que solo
invoca el infeliz sin esperanza.
Yo no temí el peligro
cuando fui grande y venturoso un día.
¿Por qué, por qué lo temería *ahora*?

¡Oh, monje! Yo la amaba, la adoraba!
Mas estas frases las pronuncian todos.
Con hechos lo probé más que con voces,
y hay sangre todavía en ese sable,
mancha que siempre quedará en su acero.

¡La hice correr por ella
que por amor a mí rindió la vida;
y esa sangre animaba
el corazón del hombre detestado!
No te asustes; no dobles la rodilla,
ni lance tal entre mis culpas cuentes;
me absolverán sabiendo
que era aquel hombre de tu fe enemigo.
Solo al oír el nombre *Nazareno*
se desataba su furor pagano.
¡Ingrato, imbécil! Solo los aceros
bien dirigidos por robustas manos,
y las heridas que cristianos dieron,
le abrieron paso al cielo de los turcos.
Sin ellas, sus huríes impacientes,
todavía a la puerta del Profeta
le aguardan en vano.
Yo la amaba. El amor halla camino
por sendas donde no se atreverían
lobos hambrientos a buscar la presa;
y, a ser audaz una pasión, no hay duda
que fuera extraño si no hallase el premio.
No importa cómo, ni por qué, ni dónde,
yo no ofrecí ni busqué amor en vano;

mas por remordimiento algunas veces
deploré que ella, una vez más, amase.
Murió, no oso decir de qué manera
pero, ¡mira!, está escrita en esa frente.
Puedes leer la maldición y el crimen
de Caín, estampada en caracteres
que el tiempo no ha borrado.
Pero aguarda un momento
antes de condenarme. No fue mía
la acción, aunque yo fui la causa de ella.
Él no hizo más que aquello que yo mismo,
siendo ella infiel a más de un hombre, haría.
Falsa hacia él, recibió de él la muerte:
fiel hacia mí, le hice morir por ella.
Por más que mereciera su destino,
es su lealtad a mí lo que yo veo,
si bien fuese perfidia para el otro;
¡ella me dio su corazón, el todo
que no domina tiranía alguna;
y yo desventurado llegué tarde
para poder salvarla!
Pero le he dado cuanto darle pude,
y esto es ya algún consuelo,
una tumba sangrienta a su enemigo.

Poco pesa esta muerte en mi conciencia:
pero de ella la suerte
me hizo ser lo que soy; digno de tu odio.
Para él, escrito estaba su destino;
y harto lo conoció cuando su guía
le dijo que escuchaba en lo profundo
de su oído el fragor de la descarga
que anunciaba cercano el exterminio,
cuando la tropa estaba aún marchando
al lugar donde todos sucumbieron.
Él cayó en el calor de la refriega:
momento en que ninguno
se acuerda del dolor ni la fatiga.
Un grito por Mahoma, una plegaria
a Alá fue cuanto dijo.
Me conocía y me salió al encuentro
en medio del combate.
Allí donde cayó me puse a verlo
y a observar la partida de aquella alma.
Aunque de parte a parte atravesado,
como por acerada javelina
el leopardo en la caza ¡él no ha sentido,
no, la mitad de lo que siento ahora!
Busqué, pero fue en vano, los vestigios

de una mente agitada y dolorida:
cada facción de aquel siniestro rostro
aun en la muerte revelaba su ira,
mas no remordimiento.
¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado la venganza
por callar en el rostro moribundo
la desesperación, o signo de ella;
el tardo arrepentirse de esa hora
en que la penitencia es impotente
para quitar su horror al fin temido,
y no puede salvar, y no consuela!

Fría tienen la sangre
los que nacieron en un clima frío;
su amor apenas si merece el nombre.
El mío era el torrente que de lava
el Etna encierra en su inflamado seno.
No con lengua versátil y parlera
puedo hablar de bellezas adoradas
y amorosas cadenas;
pero si el fuego que en las venas cunde,
si el rostro que se inflama y palidece,
si los labios que tiemblan sin quejarse,
si el corazón presto a estallar, la mente

presa de hondo delirio,
y el hecho audaz y el vengador acero;
todo lo que sentía y siento ahora,
quieren decir amor, amor fue el mío:
harto lo prueban bien amargas huellas.
Yo no podía, es cierto, dar suspiros
e inútiles lamentos:
obtener o morir supe tan solo.
Y muero, habiendo poseído el triunfo,
y que suceda ahora lo que quiera;
ya disfruté la bendición del goce.
¿Maldeciré el destino que he buscado?
¡No! Si no fuera por la triste idea
de Leila asesinada;
aunque de todo despojado quede,
¡dadme el placer con el dolor, y osado
me lanzaré a vivir y a amar de nuevo!
Desconsolado estoy, ¡oh, santo guía!
mas no por mí que muero; sino solo
por ella que murió y ahora duerme
debajo de la ola fugitiva.
¡Ah!, si estuviera en tierra su sepulcro,
mi pobre corazón y mi cabeza
con ella partirían

aquel angosto solitario lecho.
Forma de vida y esplendor era ella
que, vista, se grababa para siempre;
fue, dondequiera que volví los ojos,
estrella matinal de mi memoria.

Sí: luz del cielo es el amor, centella
de aquel fuego inmortal de Alá venido,
que con el ángel participa el hombre
para alzar de la tierra su deseo.
Guía la devoción la mente al cielo;
en el amor desciende el cielo mismo;
sentimiento tomado del Eterno
para alejar el sórdido egoísmo;
emanación de Aquel que formó el todo,
halo de gloria alrededor del alma.
Mi amor, no hay duda, era imperfecto, malo,
cuanto malo disfrazan los mortales
con tal nombre. Decid que era un delito,
decid cuanto queráis; pero decidme,
¡oh, decidme que no era el suyo un crimen!
Ella fue de mi vida luz y norte:
una vez apagada ¿qué destello
romperá las tinieblas de mi noche?

¡Oh!, si brillar pudiera, y conducirme
aunque sea a la muerte,
aunque sea a atentados más horribles!
¿Por qué te ha de asombrar que los que pierden,
junto con su deleite, su esperanza,
mansamente al dolor no se sometan;
que acusen delirantes el destino,
y enloquecidos cumplan esos hechos
que unir parecen al dolor el crimen?
¡Ay! El pecho que dentro llora sangre
no tiene que temer golpes de afuera;
y a quien perdió cuanto de dicha tuvo,
en cuál abismo se hundirá, no importa.
Aparecen mis hechos a tu vista,
¡oh, anciano!, tan feroces
cual los del torvo buitre; y en tu frente
leo el horror. ¡También fue mi destino
tener que sufrir esto! Semejante
soy, en verdad, a esa ave de rapiña,
con destrucción marcando mi camino;
pero, en cambio, aprendí de la paloma
a morir... sin tener amor segundo.
Aún tiene el hombre que aprender de aquello
que más desdeña, esta lección sublime:

el pájaro que canta en la espesura,
el cisne que en el lago se desliza,
tienen por compañera una tan solo.
Y dejemos al necio que haga alarde
entre sus juveniles compañeros
de escarnecer al que jamás varía.
No envidio sus placeres,
antes bien, me parece un ser tan débil
y tan sin corazón, que le prefiero
mil veces aquel cisne en la laguna.
¡Cuán inferior es a la frágil joven,
crédula y traicionada, a quien olvida!
¡Yo, a lo menos, no sufro esa vergüenza!
Tuyo fue, Leila, cada pensamiento,
tuyos mi bien, mi culpa, mi ventura,
mi angustia, mi esperanza
de lo que hay en el cielo,
mi todo en este desolado mundo.
Igual a ti ninguna hay en la tierra;
o si existiere, para mí es en vano,
y ver no osara ni por todo un mundo
la que, no siendo tú, se te asemeje.
Bien claro lo atestiguan
hasta los mismos crímenes sangrientos

que mancharon mis años juveniles,
y este lecho de muerte. ¡Siempre has sido,
siempre eres el delirio idolatrado
a que mi pobre corazón se adhiere!

Ella despareció... y aún yo vivía,
mas no con vida humana.
Como anillo infernal, una serpiente
mi corazón ceñía, que sin tregua
impulsaba a la lucha el pensamiento.
Igual en todo tiempo, he detestado
todo lugar: ¡retrocedí convulso,
de la naturaleza ante el aspecto,
donde cada matiz, mi encanto un día,
se ennegreció en las sombras de mi alma!
Ya sabes lo demás: todas mis culpas
y la mitad de mi dolor. No me hables
todavía una vez de penitencia.
Ya ves que pronto he de partir del mundo:
si tu santa leyenda es como dices,
¿puedes tú deshacer lo que está hecho?
No me creas ingrato. Mi amargura
no es de las que consuela el sacerdocio;
imagina el estado de mi alma:

si has de apiadarte más, diserta menos.
Cuando a mi Leila vuelvas a la vida,
entonces rogaré que me perdones:
y entonces tú defenderás mi causa
en ese cielo que concede indulto
cuando se pueden pagar bien las misas.
Ve, cuando el cazador ha arrebatado
de la cueva nativa a los cachorros,
ve a calmar la leona solitaria.
No quieras consolarme, es una burla.

En más tempranos días
y más felices horas,
cuando los corazones se deleitan
en estrecharse en mutua simpatía;
allá donde florecen los jardines
de mi valle nativo,
tuve, ¡ah!, ¿lo tengo aún?... Tuve un amigo.
Ruégote que le envíes esta prenda,
memoria de unos votos juveniles.
Quiero que de mi fin se acuerde ahora.
Aunque almas embebidas cual la mía
dan apenas un breve pensamiento
a la amistad remota,

mi mancillado nombre aún le es querido.
¡Extraña cosa! Él anunció mi suerte,
y sonreí, podía hacerlo entonces;
cuando habló por voz suya la Prudencia
aconsejando, no sé qué, a mi oído.
Pero el recuerdo se despierta ahora
de esos acentos que advertía apenas,
dile que se han cumplido sus pronósticos,
y él oirá la verdad sobresaltado,
doliéndose de ver que fueron justos.
Dile que, aunque, a través de mil escenas
afanosas y amargas, parecía
que me olvidaba del feliz pasado
de nuestra hermosa juventud, ahora
en mi dolor, con labio balbuciente,
pronto a morir, bendigo su memoria.
Pero el cielo quizás desdeñaba
que por justo el delincuente implore.
No pido que me ahorre la censura:
harto gentil es él para que quiera
murmurar de mi nombre;
ni ¿qué tengo que hacer yo con la fama?
Ni le ruego que evite el lamentarme;
no piense que desdeñar su cariño;

ni ¿qué mejor adorno que una lágrima
de amistad varonil, para el sepulcro
donde duerme un hermano?
Dale este anillo, que fue suyo un tiempo,
y dile, dile lo que ves ahora:
¡Un cuerpo exhausto, un pensamiento en ruinas
náufragos restos de pasiones fieras,
página desgarrada, hoja perdida
que el viento del otoño,
ráfaga del dolor, ha marchitado!

No me hables más de fantasía, ¡oh, padre!,
porque esto, no, esto no ha sido un sueño.
¡Ay!, el que sueña ha de dormir primero;
y yo estaba en vigilia, y anhelaba
poder llorar, el latido de mi frente
sacudía implacable mi cerebro.
¡Ah!, siquiera una lágrima, una sola,
fuera una bendición, nueva y querida,
y anhelaba por ella como ahora.
Pero ha podido más que mi deseo
la desesperación: ella es más fuerte
que tus piadosas preces. No prodigues

en vano tu oración: yo no querría
ser, aunque lo pudiera, bendecido.

Si acaso yo abrigase la esperanza
de eterna dicha, renunciara al cielo:
reposo, paz, no el Paraíso, anhelo.

Fue entonces, padre, entonces que la tuve
ante mis ojos: otra vez vivía,
y en su blanco *simar* resplandecía,
como a través de esa parduzca nube
brillar miro la estrella,
que contemplo yo ahora, cual miraba
otra que fulguraba
y aún resplandece más hermosa que ella.
Confusa veo su lumbre vacilante;
ha de estar mucho más oscurecida
en noche no distante.
Mas antes que esa estrella adorne el manto
nocturno, yo ese objeto, ya sin vida,
seré que a los vivientes cause espanto.

¡Oh, padre!, ya mi mente desvaría,
pues emprende su vuelo el alma mía

al término fatal de su jornada.
Yo la vi, y olvidando mi pasada,
profunda, acerba pena en ese instante,
me arrojo de mi lecho,
hacia *ella* me lanzo, y, palpitante,
contra mis triste corazón la estrecho.
¡La estrecho!... Mas ahora, delirante,
¿qué es lo que se oprime contra mi pecho?
No es una forma que la vida agite,
no un corazón que junto a mí se inclina
es, ¡oh, bella!, tu imagen peregrina.
Mas ¿cómo tan cambiada
te encuentro, mi adorada,
que puedas a mis ojos presentarte,
y yo no pueda, dulce bien, palparte?
¿Qué importa que cual hielo se hallen fríos
lo que de tu belleza encantos fueron,
si pueden estrechar los brazos míos
el solo bien que retener quisieron?

Mas ¡ay! que solo estrechan una sombra,
se cruzan en mi pecho solitario,
y, sin embargo, ella está allí. En silencio
se alza de pie, sus manos suplicantes

se extienden hacia mí, veo sus ojos
negros, brillantes, su trenzado pelo.
¡Ah!, bien sabía yo que era mentira
que ella estuviese muerta. Era imposible.
Quien está muerto es él. En el barranco
donde cayó, lo vi enterrar yo mismo.
Él no viene: no puede levantarse
del seno de la tierra. ¿Por qué, entonces,
estás despierta tú? ¿No me dijeron
que turbulentas olas se encresparon
sobre su faz, sobre tu amada forma?
¡Qué abominable cuento!... Yo diría
todo esto, mas mi lengua desfallece.
Y si fuere verdad que desde el fondo
de tu gruta en el lecho de los mares,
a pedir vienes más tranquila tumba.
¡Oh, pon sobre mi frente,
para que no arda más tu fría mano,
o encima de este corazón doliente!
Mas, forma o sombra, como quiera que seas,
¡por piedad! No te alejes; o si partes
¡llévate para siempre el alma mía
más allá de los vientos y las olas!
Yo no quiero el Edén, sino el descanso.

Fue entonces, padre, te lo afirmo, entonces
cuando la vi; y estaba otra vez viva,
y, a través de su blanca vestidura,
brillaba, como brilla en este instante
tras la pálida nube cenicienta
la estrella que allá ves: así la he visto,
pero mucho más bella todavía.
Ya apenas veo titilar sus rayos;
mañana hará una noche más oscura...
Antes que vuelva a aparecer su brillo
seré el polvo que temen los que viven.
Perdona, padre, si divago; mi alma
se acerca a largo paso a la salida.
Sí, la vi, ¡oh, monje!, y olvidando al punto
nuestro antiguo dolor, desde mi lecho
me lancé erguido y la estreché en mis brazos
sobre mi corazón desesperado.
¿Qué es lo que abrazo? No hay latido alguno
del corazón que al corazón responde:
no es forma que respira; y entretanto
tuya es, ¡oh, Leila!, esta adorada forma.
¡Ah!, y ¿cómo puedes, alma de mi alma,
cambiar así, que, viéndote la misma,
no te pueda sentir cuando te toco?

Pero no importa si en verdad tan fría
te has transformado: entre mis brazos cierro
todo lo que ocultaba mi delirio.
Tal es mi nombre: tal mi historia, ¡oh, padre!,
ya he revelado a tu discreto oído
las penas que me agobian. Te agradezco
la generosa lágrima que nunca
podrían derramar mis yertos ojos.
Déjame entre los muertos más humildes,
y, fuera de una cruz, mi cabecera
ni nombre ostente ni inscripción alguna
que atraiga las miradas del extraño
o en su paso detenga al peregrino».

Pasó... sin dejar prenda ni vestigio
de su nombre o su raza,
salvo lo que se guarda en el secreto
del monje que velaba su agonía;
y esta truncada narración es todo
lo que saber pudimos de su amada
y de aquel que inmoló para vengarse.

Desde el plácido asilo del remanso
su oculta barca espía
la pacífica proa pasajera,
cuando asoma el lucero vespertino
y al son de su guitarra
canta alegre el marino.

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE
LIMA